

HOCHO

El número 8 huele terriblemente. Cuando de pronto me sorprende, en cualquier texto o caminando por la calle, me alejo corriendo. No puedo evitar que me produzca cierta antipatía, como esas personas pesadas y apestosas que, por mucho que lo intentes, no soportas a tu lado.

Debo reconocer que el número 8 también me produce un poquito de miedo, bueno, un poquito tampoco, más bien me aterra. Verle me provoca un pánico inexplicable, inconfesable, incontrolable. Aunque quizás no sea tan inexplicable si rebuscamos en su pasado.

Sin embargo, mucho peor que su visión es su susurro. Pequeños demonios negros y gordos como el 8 se van introduciendo en mi cerebro a través del oído, y, de pronto, puedo sentir el chasquido del fuego. Después, silencio.

Pero esto no me ocurre con sus vecinos de piso. Ellos son magia pura, el 7 y el 3 veces 3, también conocido como 9. Ellos son brillantes, quizás algo misteriosos, pero siempre con milagros y maravillas en la boca. En cambio, el 8, de tanto ver la grandeza y el esplendor de sus compañeros, se volvió un número envidioso, oscuro, mezquino y terrible, muy, muy peligroso. Una lástima, porque su hermoso físico le podía haber convertido en un número doblemente redondo, y codiciado. Pero él prefirió aliarse con la H.

¿Que qué tengo contra la H? Contra la H no tengo nada, más allá de su amistad con el 8 y su mutismo permanente, a veces exasperante. Siempre tan silenciosa, tan taciturna, tan sigilosa.

Pero esta amistad, o lo que quiera que sea, me huele raro, no terriblemente como el 8, pero sí raro, y debo confesar que soy una persona que me dejo llevar por mi olfato. Quizás sean manías mías, pero yo os aconsejaría, que no tuvierais trato con el 8, ni con su amiguita nueva, la mudita.